

luego, el que lo monte, habrá de corregirle los defectos. Lo que primero importa es hacerse cargo de ellos y sólo en la acción se les puede fácilmente advertir.

Se educa al hombre por los sentidos; por esto hace Rousseau de ellos los intérpretes de su enseñanza; los seduce y los halaga para que la traduzcan al espíritu y lo encaminen en la ruta que desean. Por otra parte, el niño es dueño de sus actos y es menester ponerlo poco a poco en contacto con las emociones dispersas en la naturaleza, a fin de que ellas sean su verdadero profesor.

Todo cuanto contradice la sana gestión de la existencia implica dolor y exige sufrimiento; sin dificultades podría entonces el niño convencerse de que un acto es malo cuando sus resultados le perjudican, bueno cuando lo exaltan y benefician, siempre que pudiera también establecerse una conexión inmediata entre el hecho, como causa y los resultados como efecto. Desventuradamente si esto con todos los hombres acontece, es real sobre todo en los niños, que por razones de su constitución espiritual misma, ven en cada hecho su origen y su término, lo desligan del complicado mecanismo de la vida y lo hacen individual y aislado, concediéndole un valor intrínseco que no tiene ni podrá nunca tener.

En el *Emilio* ensaya Rousseau, más que un sistema concreto de educación, una renovación general de la existencia y de las condiciones del progreso colectivo. *Renovación de las relaciones conyugales*: el padre importa menos como padre que como educador, la madre menos como madre que como nodriza; a esta última se le niega el derecho de dirigir la educación de sus hijos varones porque se le supone débil, inconstante y enferma. *Renovación de las relaciones sociales*: el joven no conocerá ni amará a otra mujer que no sea la que él necesita, *Sofía*, es decir, la cuerda y sagaz que podrá hacerle noble el amor y amable la ternura. *Renovación*, en verdad, *del cuerpo social todo* cuando afirma que más que los títulos de nobleza, más aún que la honrosa distinción de la cultura, el trabajo manual enaltece y purifica, porque pone en íntimo contacto al hombre que lo ejerce con el pueblo y *todo lo que no es pueblo es tan poca cosa que no vale la pena de tomarse en consideración.*

Con esto llegamos al corazón, a la entraña misma del asunto: el *Emilio* no sólo hace presentir el *Contrato Social* (al que precedió en su elaboración, si bien, por un accidente de los muchos que entonces ocurrían, apareció más tarde a la luz pública), no sólo desarrolla con inteligencia y amplitud los capítulos de la *Nueva Eloísa*, que narran la educación de los hijos de Julia; es, en sí mismo, síntesis y cumbre de la obra de Rousseau; síntesis, porque en su compleja unidad se vienen hábilmente confundiendo los varios problemas que sus otros opúsculos proponen; cumbre, porque los trata en ella con mejor acuerdo y más justo equilibrio.

El *Emilio* es, como afirmaba el mediocre señor Fagnet, la obra más francesa de Rousseau, aquella en que mejor se conciliaron, si